

Aproximaciones a otras narraciones provinciales: *Pueblo chiquito* de Hilma Contreras

Sheila Barrios Rosario
Catedrática Auxiliar - Departamento de Español
UPR-Ponce

Pienso que la magia del Caribe forma parte de la vida del Caribe y, por tanto, de la escritura. Como escritores, siento que no tenemos que esforzarnos para hallar un elemento mágico: está ahí, en todos los aspectos, incluso de la vida misma. Si la vida no fuese mágica o maravillosa, no existiría la escritura.

Marysé Condé, escritora y académica
de la isla de Guadalupe

Hilma Contreras es, sin lugar a dudas, una de las escritoras más trascendentales de las letras dominicanas del siglo XX y del Caribe hispánico en general. Sin embargo, por muchas décadas, su vida y su obra se mantuvieron al margen de los textos de historia de literatura dominicana, de las principales antologías, de estudios y de críticas de envergadura. No fue hasta el 2002, cuando emerge su nombre al otorgársele el Premio Nacional de Literatura de su país. Para aquel momento tenía 90 años y contaba con varias publicaciones tales como cuatro colecciones de cuentos y una novela. En el 1993, un grupo de escritoras encabezadas por la poeta Ylonka Nacidit-Perdomo se dieron a la tarea de celebrar un congreso de literatura caribeña dedicado a Contreras. Querían celebrar su obra y reconocer su trayectoria para las letras femeninas y dominicanas. Además de esta gesta, se

llevaron a cabo otras hasta que proclamaron la necesidad de otorgarle a la escritora el más importante premio del país. Ninguna escritora dominicana lo había recibido en la historia del premio, hecho que crea suspicacia y que abona a la marginación de la mujer escritora en el Caribe y en Latinoamérica.

Es necesario conocer un poco sobre la vida de Hilma Contreras y su incursión en las letras dominicanas. Nació en el 1913 en San Francisco de Macorís, se alfabetizó en Francia y regresó a su país luego de 20 años en medio de una dictadura. Fue su condiscípula la hija de Colette, la famosa escritora francesa. Esta llevaba los libros de su madre e Hilma los leía y los discutía con ella. La formación literaria y cultural de Contreras fue privilegiada. Leyó autores franceses y rusos como Dumas, Flaubert, Chejov, Tolstoi, entre otros. Ingresó a la Universidad de la

Sorbona donde estudió francés avanzado. Luego de graduarse, comenzó estudios en el Instituto Arqueológico de París en el 1932 y escribió su primera novela para ese tiempo, la que destruyó inmediatamente porque no le gustó. El contacto con las corrientes literarias europeas y rusas de la época formaron a la autora y cuando regresó a su país le sirvieron de base para plasmar sus primeros escritos. No es pura casualidad que resalte de su obra la cantidad de personajes femeninos en calidad de protagonistas, pues recibió el impacto de las luchas feministas europeas de las primeras décadas del siglo XX.

Una vez en su país, Hilma Contreras se encontró con el inicio del gobierno de Rafael L. Trujillo. Fijó su residencia en el interior, región del Cibao. Primero vivió en Santiago junto a su tía Rosa y luego en San Francisco de Macorís cuyas geografías y ambientes eran muy distintos del mundo citadino y de avanzada de París. Leer vorazmente y explorar el ambiente de provincia se convirtieron en sus dos grandes pasatiempos. En infinidad de ocasiones afirmó lo difícil que fue vivir esos tiempos en los que no había mucho qué hacer. Sus comentarios nacen no sólo del proceso de adaptación al mudarse a un pueblo poco desarrollado, distinto del ambiente de donde venía, sino de la atmósfera que imperó durante la dictadura. Dentro de ese contexto, se acercó a los cuentos de Juan Bosch, amigo de la familia y quien se convertiría en su mentor. Posteriormente, Contreras comenzó a escribir sus cuentos a partir de la realidad que la rodeaba. Así que, la muestra de esos cuentos y los que componen el libro que se reseñará,

forman parte del movimiento literario realismo social criollo, el que estuvo muy de moda en aquellos años en República Dominicana.¹ Cabe destacar, que para esa época se gestaron los movimientos feministas en República Dominicana, a través del grupo timón Acción Femenina Dominicana. La lucha tuvo su alcance al lograr el voto de la mujer dominicana en el 1942. Hilma Contreras no participó activamente en el grupo; sin embargo, apoyó de otra manera y desde sus espacios íntimos las gestas de las mujeres dominicanas. La literatura se convirtió en bandera de lucha y estuvoazonada con una profunda convicción ideológica sobre el particular. En varias entrevistas que concedió afirmó no ser bandera del feminismo ideológico aunque la crítica literaria dominicana catalogó como feminsitas los personajes y las temáticas de muchos de sus cuentos. Es importante incluir en esta reseña algunas anécdotas interesantes sobre mi encuentro con la autora para profundizar en su trayectoria literaria y visión de vida.

En en el 2003, la visité en su provincia natal San Francisco de Macorís. Le pregunté qué se sentía al ser la primera mujer en obtener el Premio Nacional de Literatura, apenas recién otorgado (2002) y me respondió: “Me siento como cualquier otra mujer. Pudieron dárselo a otras escritoras muy importantes. Así que lo recibí en nombre de tantas mujeres que han luchado toda su vida.”² Sobre sus comienzos como escritora, me narró que al regresar a su país en la década de 1930, luego de tantos años de vivir en Francia, y con motivo del divorcio de sus padres, escribir se convirtió en un pasatiempo y

en su catarsis: “Es que eran los años duros de la dictadura de Trujillo y realmente, aquí no se podía hacer mucho. Escribía sobre lo que veía a mi alrededor, escribía, escribía”³. Añadió, que se sentía muy contenta y asombrada de que alguien en Puerto Rico estuviera escribiendo sobre su obra. Agradeció que fuera a visitarla a su pueblo desde tan lejos para conocerla y hablar un poco: “Perdone lo poco expresiva que he sido, usted que ha venido de tan lejos.”⁴ Pesaban 93 años de una vida y su salud estaba un poco deteriorada. Sobre la pregunta que le hice acerca de la creación de sus personajes femeninos transgresores desde sus inicios como escritora, me respondió: “Nunca escribí con eso en mente. Simplemente, miraba a mí alrededor y trataba de reflexionar y de escribir. Sufría al ver tantas mujeres sin educación y escribía.”⁵

En esta coyuntura se ubica la colección de relatos que se reseñará. Permanecieron inéditos hasta mayo del 2013, cuando se publicaron póstumamente con el título *Pueblo Chiquito*.⁶ La colección la componen 17 relatos, cuyo hilo conductor son las diversas estampas e historias provinciales de la región del Cibao, específicamente, Santiago y San Francisco de Macorís, en República Dominicana. Esas historias forman parte de las muchas anécdotas de la autora durante el tiempo que residió en la casa de su tía Rosa. A manera de retrato y con la técnica de una visión fotográfica, conocemos la vida de provincia o pueblo chiquito de la autora. Quizá a partir de ahí, se comprende la metáfora detrás del título del libro: “pueblo chiquito, infierno grande”, en alusión a los conflictos, estilos de vida, momentos

jocosos y tristes que sirven de telón de fondo de estas historias en un pueblito con aires de ciudad. Ylonka Nacidit Perdomo, albacea de la escritora, y quien se encargó de la presente edición afirma:

Mademoiselle Contreras se adentra con mucha intuición y aguda observación, en la vida pueblerina; escucha esas “íntimas” conversaciones interminables, llenas de detalles y chispas de habladuría de las comadres sobre múltiples matices de la cotidianidad pueblerina. Hablar en la provincia Duarte, era un recurso de convivencia para dejar, que el correr del tiempo, el polvo de sus calles y de los caminos no extinguiera las esperanzas de vivir.⁷

Me parece una excelente reflexión que va de la mano con el contexto histórico y social de la República Dominicana de la época a través de la mirada de la autora.

El texto abre con una breve nota preliminar, la que titula “Frontón.” En ella, la autora presenta su propósito, el lugar o ambiente, los personajes que habitan en las historias y el género al que pertenece la colección:

“Mis tipos (y perdonen la modestia) son tipos representativos de nuestra vida vernácula (Sic), que el lector encontrará en cualquiera de nuestros pueblos cibaños. Expresamente, he omitido catalogar mi libro en determinado género literario. Es lo que es: vida estancada. Más

que cuentos, menos que novela. Así vivimos en nuestros pueblos.”⁸

Aunque la autora es categórica en el lugar de desarrollo de las historias, Cibao, y hace referencia a “nuestros pueblos” consecutivamente, hay una vida implícita y común, la que se puede identificar en todo el Caribe. Así vivimos, más que cuentos y menos que novela. Esa expresión es muy generalizada en el Caribe: somos cuentistas o somos noveleros por el acto de contar y reconstruir historias. De la misma manera, el acto de contar ayuda a forjar una memoria colectiva de pueblo y a sobrevivir los embates del diario vivir.

En esta colección de relatos, los personajes se repiten a través de los relatos, por ejemplo, Pedritín, Doña Chea, un niño, Madrina Lola, el comerciante, el forastero, el boticario, entre otros. Este detalle abona a la línea fronteriza entre “menos cuento y más novela.” Al leer cada relato parece que existe una continuidad de capítulos sobre una larga historia provincial, que se arma día tras día. A través de un narrador intradiegetico, protagonista, cómplice y testigo de las historias, el lector se adentra en cada una de ellas.⁹ Todos estos elementos como los personajes, las historias y la vida de provincia son fiel reflejo de un Caribe del cual nos podemos identificar.

El Forastero es el relato que abre el texto y presenta a este protagonista, que ha vivido en el extranjero por varios años hasta que regresa a su lugar de origen. No comprende la vida en su provincia y chocan los estilos de vida de ese lugar y los suyos. Finalmente, este

personaje protagonista tiene que enfrentar las burlas y los comentarios de la gente del pueblo, pues es eso: un forastero. El relato es una especie de crítica al rechazo de las personas que han vivido en el exterior y regresan para forjar una nueva vida en su país de origen. Ahora, son extranjeros en su propia tierra, realidad que vivió la autora a su llegada al país en la década de 1930.

Otros relatos invitan a reflexionar sobre el hambre y la miseria en esa provincia, como se presenta en el cuento *Madrina Lola*. Un niño trabaja para sobrevivir a la miseria mientras padece hambre. La narradora pasa juicios sobre la madre del niño, pero Madrina Lola, quien le dio de comer a la criatura afirma: “Sabe Dios si es huérfano... o gime la madre en un lecho de dolor.”¹⁰ La tragedia humana de las provincias es el vivo reflejo en este relato.

El Caribe con sus mitos, sus leyendas y su magia ocupa un lugar en el relato, *Superstición*. Las creencias y eventos sobrenaturales rompen la monotonía de los pueblos. Doña Chea, una viuda del pueblo, trata de averiguar quién ha colocado una taza sucia con café virada hacia abajo. Debe romper ese hechizo para continuar su vida. Los cuentos *Fifí* y *Guazábara* e *Invierno* presentan el impacto de la naturaleza en las vidas de los pueblos. Las estaciones del año y la variedad climática, no es tan marcada en el Caribe, pero ciertamente presentan unas características particulares que en dichos cuentos ejercen control sobre el estado de ánimo de los habitantes.

Por su parte, temas como discusiones, reyertas y muertes no podían faltar en el diario vivir de los pueblos. Los relatos *Criticones* y *Camino de la gloria* dan fe de los mismos. Incluso, la solemnidad de

ciertas conmemoraciones, como la Semana Santa, se evocan en el relato *Jueves Santo*.

Así fluyen las microhistorias que van armando una mayor: la vida en provincias, en fin, la vida de los pueblos chiquitos... El texto cierra con una reflexión final, *Noviembre*. De alguna manera, este relato le da cohesión de principio a fin al libro *Pueblo chiquito*. Además, reafirma el subtítulo que le dio al conjunto de relatos: *alegrías y tristezas*. La autora presenta una atmósfera triste, reflexiva, de tempestad y de oración desde el inicio: “Mes de las ánimas. Mes de los aguaceros subitáneos tras las largas horas de calor asfixiante. Mes triste, apesadumbrado, trabajado por la nostalgia de los ardientes otoños europeos.” La alusión a noviembre, mes de los santos y de los difuntos en la tradición latina, es notable. Existe una relación entre el estado de ánimo de la voz narrativa y la conmemoración de ese mes. La voz se siente triste, melancólica y con una mezcla de nostalgia. Quizá es una reflexión sobre la nostalgia y la tristeza de lo dejado atrás, pero esa voz narrativa está decidida a enfrentar su realidad, la que no puede cambiar; la realidad del pueblo chiquito. Esa atmósfera de incertidumbre, pesimismo en ocasiones, tristeza y soledad espiritual puede ser también el reflejo de la realidad política y social de República Dominicana bajo la tiranía de Trujillo. Además, la autora vivió en carne propia los embates de la dictadura cuando su madre y ella perdieron ingresos por no firmar un documento donde apoyaba cambiarle el nombre de la capital, Santo Domingo, por Ciudad Trujillo, como finalmente se llamó hasta el ajusticiamiento de Rafael L. Trujillo. Igualmente, sufrió la muerte de amigos y

de familiares en manos del aparato represivo de la dictadura.

Para culminar, esta colección de historias arroja luz sobre los inicios de la narrativa de Hilma Contreras a partir del 1934. Hasta el momento, había circulado la colección de cuentos *La carnada*, estampas, costumbres y situaciones del diario vivir de los pueblos alejados de los centros capitalinos. Estos relatos datan del 1936 aproximadamente, pero los cuentos de *Pueblo chiquito* son una antesala y primicia de la narrativa de la autora. De la misma manera, sirven para documentar la trayectoria del cuento dominicano escrito por mujeres desde las primeras décadas del siglo XX. Sin lugar a dudas, Contreras es una maestra del cuento y una de las pioneras del género en República Dominicana. Esta publicación póstumainvita al lector a redescubrir la narrativa de la autora y otros espacios novedosos escriturales. Además, los cuentos provocan que el lector se adentre en la provincia pequeña e incluso tienda una mirada hacia sus respectivos pueblos o provincias.

Más que una colección de historias entrelazadas, esta nueva propuesta literaria trasciende fronteras dominicanas y se desplaza por todo el Caribe, donde existen muchos pueblos chiquitos e infiernos grandes. Precisamente, los versos del poeta español León Felipe son muy certeros cuando invitan a representar y dar voz a muchos: “Sensibles a todo viento/ y bajo todos los cielos/ poetas, nunca cantemos la vida de un mismo pueblo, / ni la flor de un solo huerto. /Que sean todos los pueblos / y todos los huertos nuestros.”¹¹ Esa es la voz narrativa detrás de cada relato de *Pueblo chiquito*. Es una voz que representa las alegrías, tristezas y la vida sencilla de nuestros pueblos caribeños. Son historias

representativas en la vida de todos, que en ocasiones son más que cuentos y menos que novela...

Notas

¹ Juan Bosch fue el gran maestro y representante del Realismo-criollo en República Dominicana.

² Entrevista realizada el 8 de agosto de 2003 por Sheila Barrios Rosario en San Francisco de Macorís.

³Ibid

⁴Ibid

⁵Ibid

⁶Estos cuentos forman parte de la etapa inicial como escritora. Los escribió entre el 1934-1935 y los tituló “Alegrías y

tristezas 1934-1935”, según apareció escrito en una portada rústica a maquinilla.

⁷Hilma Contreras. Pueblo chiquito. Editorial Santuario: Santo Domingo, 2013. Comentarios de la contraportada del libro. De este momento en adelante se aludirá a esta edición primera del libro.

⁸Palabras preliminares del libro.

⁹De acuerdo con la teoría narratológica, un narrador intradieгético es parte de la diégesis o la historia que se narra. Por lo tanto, ocupa una función actancial en la misma al ser uno de los personajes o en ocasiones el protagonista.

¹⁰Cuento *Madrina Lola*, pág. 23.

¹¹ Fragmento del poema *Romero solo*.

